

MARTÍ EN NUEVA YORK

(Palabras pronunciadas por el Dr. Eduardo Lolo como orador invitado al ciclo de conferencias del Instituto Cultural Hispano-Americano de la University of Miami, en el John J. Koubek Center de la ciudad de Miami, el viernes 21 de enero de 2005.)

Estimados colegas:

Una ciudad es una ciudad es una ciudad. Pero, al igual que las rosas, no todas las ciudades son iguales. Las hay más o menos largas, como el tallo de las rosas; de grandes zonas de belleza, como los pétalos; de peligrosas áreas de heridas potenciales, como las espinas. Y hay ciudades que se destacan, durante ciertos períodos de tiempo, por sobre todas sus congéneres, tanto por su tamaño, su belleza y/o su peligrosidad. Tal es el caso de Nueva York, que vino a desplazar a París como centro del mundo en la segunda mitad del siglo XIX y todavía conserva – a veces para bien, otras para mal– ese sitio, al punto de ser llamada por muchos la Capital del Mundo.

Por otra parte, un hombre es un hombre es un hombre. Pero, a semejanza de las rosas y las ciudades, no todos los hombres son iguales. Desde el punto de vista histórico los hay más o menos grandes, de importantes zonas de armonía o de peligrosas áreas de heridas potenciales. Y hay hombres que se destacan, durante su ciclo vital, por sobre todos sus connacionales, tanto por su estatura ética, su armonía y/o su peligrosidad. Tal es el caso de José Martí, cuyo nombre vino a representar en las últimas décadas del siglo XIX el de toda una nacionalidad en ciernes. Y, a partir de su muerte y hasta el presente, la esperanza y meta de todo cubano digno de ser tal.

Nada más lógico entonces que la convergencia en tiempo y espacio de una ciudad como Nueva York y un hombre como José Martí sea merecedora de la atención de historiadores y críticos literarios por igual. Ninguna otra ciudad de entonces podía ofrecerle al genio martiano las condiciones que éste encontró en Nueva York; ningún otro pensador hispano de la época habría podido analizar, retratar y juzgar Nueva York como lo hizo Martí: la imagen era digna de la mirada, y viceversa. Del encuentro resultante quedaron, por un lado, las huellas sin tiempo de muchos sueños en la nieve y, por el otro, lienzos de vida y muerte en palabras también sin tiempo en crónicas, cartas, discursos, ensayos y poesías. Hombre y ciudad compartirían, de alguna forma hermanados, la posteridad.

Ahora bien, ni hombre ni ciudad son entes estáticos, de condición semejante en todas sus etapas. En sentido general, se acepta como ‘la imagen’ la última definida en el tiempo. En el caso de Martí, la del organizador exitoso de una contienda libertadora; en el de Nueva York, la ciudad de los rascacielos bajo ataque terrorista. Pero cuando ambos comenzaron a compartir tiempo y vida, no era ése el caso.

De paso hacia México, procedente de Europa, el joven desterrado “sin Patria pero sin amo” tendría un primer atisbo de Nueva York en 1875; pero no sería hasta 1880 que llegaría para establecerse. Al año siguiente viaja a Venezuela, mas regresa a los pocos meses. De un anónimo traductor desconocido pasa a ser con el tiempo, gracias a su talento y su esfuerzo mancomunados, un periodista destacado, un maestro admirado y un diplomático respetado; escribe poesías, crónicas, ensayos, narraciones; dirige diversas publicaciones periódicas y colabora en otras; da a conocer sus poemarios *Ismaelillo* y *Versos Sencillos*; en su afán independentista predica, lucha, aún voluntades; en lo personal ama y es amado (y también abandonado); siente alejarse al hijo idolatrado y

contempla crecer a quien amó como hija, si es que no lo fuera. Finalmente, deja el gris neoyorquino para morir “con los pobres de la tierra” y “de cara al sol” en 1895.

Nueva York es, hoy en día, una ciudad de contrastes. Pero más aún en tiempos de Martí. En la segunda mitad del siglo XIX, la futura “ciudad de los rascacielos” presenta uno de los crecimientos más grandes en la vida de una ciudad en la historia moderna. Ciertamente que por esa época se observa en el país en general la decadencia total de la sociedad agraria y la consiguiente ‘urbanización’ de los Estados Unidos; pero el caso de Nueva York rebasa, con creces, a todas sus homólogas contemporáneas, por lo cual a inicios del siguiente siglo llega a convertirse, desde el punto de vista demográfico, en la segunda ciudad del mundo occidental. A la inmigración interna se unió el hecho de que la antigua Nueva Amsterdam se convirtió en el punto de entrada a América, por antonomasia, de los emigrantes europeos. La colonia hispana, aunque a la zaga de sus contrapartes europeas no ibéricas, también creció significativamente. Ilustra su peso demográfico el número de publicaciones en español editadas en Nueva York en esas últimas décadas del siglo XIX: un periódico diario y una docena de revistas de periodicidad varia.

Tal abrupto crecimiento fue pagado por los neoyorquinos con un marcado deterioro de las condiciones de vida de sus habitantes que incluía no solamente las circunstancias materiales. Una marcada corrupción política, una alta tasa de desempleo y criminalidad, el relajamiento de los valores morales (de acuerdo a los patrones judeo-cristianos) ante la práctica abierta de la prostitución y otras formas de promiscuidad sexual, los juegos ilegales, el alcoholismo y el abuso doméstico, sintetizan el ambiente de la época. A ello súmese una insuficiente infraestructura sanitaria, la popularidad del anarquismo como ideología ‘alterna’ (o, en el lado contrario, las poderosas sociedades de prevención y supresión de vicios) y hasta fenómenos climatológicos extremos, y se tendrá un cuadro del período nada halagador.

No obstante lo anterior, Nueva York seguía siendo el primer atisbo del ‘sueño americano’ para millones de personas en el mundo. El sistema democrático incipiente común a todo el país, la libertad de empresa, prensa, y asociación, la tolerancia religiosa, etc. hacían de la nación en su conjunto y de la ciudad en particular un centro generador de esperanzas pugnando contra las frustraciones del mundo occidental. Ese fue el Nueva York en que vivió Martí entre 1880 y 1895.

Pero refugiarse dentro de las fronteras físicas de una ciudad como Nueva York no implica traspasar sus confines culturales; se puede habitar en un país sin realmente vivir en él. Millones de emigrantes, por razones disímiles, nunca logran (y muchos ni siquiera intentan) ese viaje total. La vida en ghettos culturales no solamente brinda protección y comodidad relativas, sino que termina convirtiéndose en el mejor antídoto contra la nostalgia. En efecto, el emigrante que construye o se suma a ese tipo de comunidad, de alguna forma siente que permanece en su terruño, aunque esté lejos del mismo; consecuentemente no puede vivir a plenitud en el nuevo país por la sencilla razón de que nunca termina abandonando el anterior.

Martí siempre intentó mantenerse en contacto con los cubanos residentes en los lugares en que vivió, y fundar o apoyar muchos de sus esfuerzos. Es más, al cabo de los años se convertiría en la figura fundamental del sueño cubano, aunando bríos, recursos y voluntades a su alrededor. Mas ello no le impidió vivir plenamente en el país en que se encontrase mientras sangraba el dejado atrapado en el adiós a la familia. Soñaba en Cuba, pero vivía en los EE.UU. Todos destacan su labor editorial al frente de *Patria* (el periódico encaminado a promover la independencia de Cuba), pero a veces subestiman su trabajo como cronista en inglés en *The Sun* o el carácter panamericano de *La Edad de Oro*. Su vivir, plenamente, en Nueva York puede comprobarse incluso en sus escritos en español. En efecto, una lectura atenta de las muchas crónicas que escribió para los mejores periódicos hispanoamericanos de entonces permite hacer un seguimiento de su estancia en la gran

ciudad y el monumental país donde estaba enclavada. Así, es posible ver a Martí en la inauguración de los más importantes monumentos concluidos en el período tales como la Estatua de la Libertad y el Puente Brooklyn, asistir a exposiciones de pinturas, espectáculos teatrales, recitales, conferencias, etc. que nada tenían que ver con la colonia cubana en particular o la hispana en general. De la mano de su pluma lo vemos observar con ojo analítico el panorama político local y nacional, sus asuntos religiosos, laborales, etc. Martí describe a Nueva York ‘desde dentro’, con pleno dominio de sus muchas complejidades; algo no muy común ni siquiera en la prensa anglosajona de la época, enfrascada en un duelo de sensacionalismo. Porque es el caso que Martí sí vivió en el país donde residía, y enteramente.

Lo precedente no implica que Martí haya utilizado ese alto grado de incorporación a manera de evasión de la Cuba que le sangraba en el pecho. Su caso demuestra que todo emigrante puede sumarse al nuevo medio sin pretender ser algo diferente de lo que en realidad es. Martí nunca intentó pasar por quien no era ni podía ser. Se comporta como norteamericano sin dejar de ser cubano con la misma facilidad con que antes había procedido como venezolano o guatemalteco sin menoscabo alguno de su cubanía. En el centro de su anejió había una vocación de servicio por el sitio y el pueblo que lo acogía, no una huida de sus raíces. Era su método incorporarse con su Cuba en progreso al nuevo medio y, consecuentemente, agregar lo mejor de ese medio a la progresión de la cubanía. José Martí no fue nunca un hombre de ghetto cultural, quien sabe si por haber alcanzado esa difícil dualidad de *ser* en Cuba y *estar* en otro lugar a la vez, ambos a plenitud.

Durante esos quince años el hombre se integra a la ciudad y la ciudad se funde al hombre. Nada escapa a los ojos del joven hispano en tránsito hacia la historia: tanto lo bueno como lo malo, lo encomiable y lo repudiable, hallan espacio en la pluma martiana. Y de la ciudad adquiere el hombre el ritmo rápido, la fiebre en sobresalto, la respiración entrecortada, el vivir siempre a prisa, los relojes asaltados: precisamente lo que hizo tan productivos esos 15 años. Señala el mismo Martí:

La vida en Venecia es una góndola; en París, un carruaje dorado; en Madrid, un ramo de flores; en Nueva York, una locomotora de penacho humeante y entrañas encendidas. Ni paz, ni entreacto, ni reposo, ni sueño. La mente, aturdida, continúa su labor en las horas de la noche dentro del cráneo iluminado... Aquí los hombres no mueren, sino que se derrumban: no son organismos que se desgastan, sino Ícaros que caen.¹

Y aunque en más de una oportunidad se resintió contra el veloz ritmo de vida que imponía la ciudad, lo cierto es que lo hizo propio. Asombra todo lo que escribió Martí en esos pocos años; más aún cuando se comprueba que no fue el escribir su ocupación ni su preocupación principal durante ese tiempo.

Pero lo que más llamó la atención de Martí no fue la acelerada cadencia vital neoyorquina, ni las obras de ingeniería y monumentos que se inaugurarían en su tiempo y que él reflejaría en sus crónicas, sino la todavía a medio hacer democracia norteamericana que tuvo la oportunidad de estudiar de primera mano. En efecto, a pesar de todas las imperfecciones políticas de los Estados Unidos de fines del siglo XIX, eran tales el horror y la frustración que traía Martí en medio del pecho desterrado, que incluso esa visión de una democracia todavía incompleta lo deslumbra. De

¹ José Martí, “La vida neoyorquina.” *Obras Completas*. La Habana: Editorial Lex, 1946. Tomo I, p. 1535.

ahí que exclamara asombrado: “Estoy, al fin, en un país donde cada uno parece ser su propio dueño. Se puede respirar libremente, por ser aquí la libertad fundamento, escudo y esencia de la vida...”²

4

Ese deslumbramiento, sin embargo, no le impidió ver las deficiencias de la sociedad norteamericana en general y neoyorquina en particular de su tiempo, y denunciarlas. Recorrió solidario los barrios pobres, se colocó al lado de los obreros en sus justas luchas contra capitalistas abusivos, condenó la indiferencia social y los apetitos expansionistas de algunos políticos de entonces, etc., etc. No hay aspecto negativo que no criticara; al mismo tiempo, no hay matiz positivo que no elogiase, sin que se encuentren en sus palabras ni diatribas venenosas ni loas serviles. Señala al respecto Carlos Ripoll:

No tuvo la ciudad de Nueva York en el siglo XIX cronista más ilustre y honrado que José Martí. Ni quizás toda la nación americana. Y hasta puede afirmarse que ningún extranjero dio nunca, en idioma alguno, una visión tan amplia y acertada como la que ofreció Martí...³

Cabe señalar, a manera de actualización necesaria, el mal uso que hace el castrismo (y corea una izquierda simplista) de las críticas martianas a los EE.UU. Mediante una burda manipulación demagógica, el gobierno totalitario cubano no se ha cansado de presentar tales críticas como si estuvieran basadas en condiciones actuales. Lo cierto es que la inmensa mayoría de las razones que indujeron los señalamientos críticos martianos a los EE.UU. desaparecieron con el tiempo a medida que la democracia se fue perfeccionando a sí misma gracias a la base de respeto a las libertades que la sustenta. Solamente individuos muy ignorantes o adoctrinados son capaces de creer que un país como los EE.UU. puede mantenerse estático en el tiempo; pero esos tipos de personas son, precisamente, a los cuales está dirigida tan torpe campaña –y de ahí su eficacia.

Volviendo al Nueva York de fines del siglo XIX, es de destacar que a pesar de todas sus injusticias e imperfecciones se convirtió en un dinámico crisol de etnias, lenguas y nacionalidades del cual emergería una consecuente fusión cultural tan libre y arrolladora como la vida de la ciudad misma. En ello jugó un papel fundamental el contemporáneo desarrollo de la prensa, motivado, en parte, por los avances tecnológicos de la época tales como el linotipo, la rotativa, el telégrafo y la fotografía, entre otros. Las distancias quedaron reducidas a rítmicos impulsos eléctricos: lo que sucedía en París era conocido, en pocas horas, por los neoyorquinos; los últimos acontecimientos en Nueva York eran analizados por los parisienses en no menos tiempo; lo que se escribía hoy en Madrid, se leía mañana en Buenos Aires, y viceversa. El mundo se hizo enano; la cultura, gigante.

Nueva York en particular se convirtió en esa época en el principal centro cultural de los Estados Unidos y, probablemente, en el segundo del mundo, aventajado únicamente por París. Y esa fusión cultural neoyorquina, en viaje de regreso a las culturas originales, influenciaría –cuando no determinaría– los desarrollos ulteriores de sus elementos constitutivos. La cultura hispánica no sería una excepción. Y José Martí, en medio de sus incansables esfuerzos por la independencia de Cuba, se convertiría en el vehículo inicial de un nuevo decir que se extendería, en poco tiempo, a los más remotos lugares de la hispanidad.

Tras el nuevo decir martiano se encontraban las voces de Walt Whitman, Emerson, Baudelaire, Rimbaud. Tales voces en inglés o francés, unidas a lo mejor del precipitado hispánico,

² “Impressions of America I” (traducida) Ibid. Tomo II, p. 578.

³ Carlos Ripoll. *Páginas sobre José Martí*. Nueva York: Editorial Dos Ríos, 1995. Pág. 91.

aparecerían primero en la prosa y luego en la poesía martianas envueltas en las corrientes ideológicas del krausismo, el trascendentalismo y la espiritualidad oriental. Desde el punto de vista estilístico, tal nuevo decir quedaría desarrollado a través de la combinación de los principios estéticos del impresionismo, el simbolismo, el expresionismo y lo mejor del romanticismo español. Como consecuencia de semejante fusión, el decir en castellano se universaliza en forma y contenido; hay una reducción y violación de confines culturales. El idioma español, llegado a la América sobre las olas, regresa regenerado bajo las aguas mediante impulsos eléctricos a través de los recién estrenados cables trasatlánticos. Hay un nuevo decir que responde a un nuevo oír sin fronteras.

Tal regeneración americana del manejo del idioma recibido en herencia de Europa, comienza sus primeros pasos en la prosa martiana, especialmente en las crónicas que escribía el desterrado para dar a conocer la cultura y el acontecer norteamericano de su tiempo a los lectores al sur del Río Bravo que esperaban con avidez sus correspondencias editadas en más de 20 publicaciones hispanas de la época, extendiéndose a todo el continente. Caminan los provincianos asombrados por monumentales puentes colgantes, se divierten en Coney Island en máquinas de futuro, aplauden en la inauguración de una descomunal estatua de maravilla que, no por coincidencia, tiene el nombre de Libertad. Todo lo de Nueva York es nuevo para la prolongada siesta histórica de nuestras recién estrenadas y maltrechas repúblicas. Y, para decir lo nuevo, recurre Martí a un nuevo decir.

Ese nuevo decir se aprecia también en la prosa narrativa martiana, no por cuantitativamente menor, menos importante. Historias y personajes, lugares y situaciones, son tan novedosos para la época como la forma de narrar. Incluso en trabajos ‘re-escritos’ sobre otros de condición romántica añade Martí los elementos de su ‘alquimia’ nueva. Como es sabido, era práctica común en el siglo XIX el ‘re-escribir’ temas originales de otro autor –casi siempre en medio de procesos traductivos–, sin menoscabo alguno del decoro profesional de quien re-escribía la pieza, en práctica que ha perdurado hasta nuestros días únicamente en la literatura infantil. Pues hasta en esos trabajos, que podrían considerarse menores, llevó Martí la voz nueva. Comenta al respecto Fryda Schultz de Mantovani:

...Martí no traduce, sino que trasvasa el vino viejo en odres nuevos, relabora la materia que ya andaba en otras lenguas y otros pueblos... no sólo como ampliación sino como fuga sobre el mismo tema...⁴

Pero el trabajo martiano entre una lengua y otra va más allá de la traducción y sus crónicas y ensayos en español sobre temas neoyorquinos en particular y norteamericanos en general. Aunque menos conocido no por ello es menos significativo su esfuerzo en sentido contrario: propiciar a los lectores estadounidenses un atisbo de la cultura hispana, como que detenida a los ojos anglosajones en tiempos de la Conquista. En efecto, una rápida lectura de los periódicos y revistas norteamericanos de la época asombra por la carencia de temas hispanos. Tal parecía que España no estaba en Europa y que América era solamente la parte norte del continente, al punto de que a la postre terminaría por convertirse en su identificación única. Tan así era que cuando en Europa se decía “viajar a América”, no significaba otra cosa que viajar a los EE.UU., como si el inmenso resto del continente y sus raíces culturales ibéricas fueran algo

⁴ Fryda Schultz de Mantovani, “La Edad de Oro de José Martí.” *Cuadernos Americanos* 67.1 (1953): 217-235.

aparte y lejano; un continente segregado, a medio camino cultural entre “América” y quién sabe qué ni dónde.

La falta de intelectuales anglosajones capaces de estudiar y dar a conocer a sus lectores qué era la cultura hispana pudiera aceptarse como una razón válida. El español no era considerado en esa época una lengua importante. El mismo idioma inglés tampoco lo era entonces, de alguna forma relegado a lengua regional por la internacionalización del francés. Remedaban entonces las culturas hispana y anglosajona del Nuevo Mundo esas tribus vecinas de África o la América precolombina incapaces de comunicarse entre sí pese a compartir selvas y desiertos, peligros y sueños semejantes. Y no hay duda que del desconocimiento sólo se puede llegar a la desconfianza, la subestimación y, como peligroso producto final, a la discriminación. No debe extrañar a nadie que los norteamericanos decimonónicos vieran a los hispanos, en sentido general, como conquistadores de armadura o indios con levitas, y los hispanos a los norteamericanos como bárbaros sin cultura ni refinamiento.

Martí no tardó en percatarse de semejantes malentendidos. Y a “desfacer” ese entuerto se dedicó, con pasión y honestidad, al tiempo que concentraba sus energías mayores a la tarea, de todos conocida, que le reservaría el sitio histórico que aún detenta.

Lo ayudaría en el intento su conocimiento del idioma inglés. Aun antes de llegar a los EE.UU. Martí venía preparándose para dominar la lengua del país donde viviría, fundamentalmente, su vida adulta. Escribe a un amigo, desde Madrid, en 1879: “Estudio inglés, con fervor tenaz”. Conjeturo se trataba de estudios autodidácticos, con todas las deficiencias (a pesar de todos sus alcances) que el autodidactismo conlleva. Pero llama la atención, en la concisa información, la forma en que califica el joven desterrado la acción: con fervor tenaz. Si hay dos elementos que pudieran utilizarse para calificar todas las acciones martianas son precisamente esos: fervor y tenacidad. No en balde sus alcances en todos casi todos los órdenes de la vida que apurara.

Casi recién llegado a Nueva York, su experiencia como crítico de arte propicia que lo inviten a escribir en *The Hour* lo que él llamaba “revista artística”. En ese periódico Martí escribe, fundamentalmente, críticas y crónicas relacionadas con las artes plásticas. Los trabajos de Martí en inglés ampliarían su alcance temático en *The Sun*, otro periódico neoyorquino, pero de influencia nacional. Dirigía el diario entonces Charles A. Dana, gran amigo de la causa cubana. Es más, mucho antes de llegar Martí a Nueva York, ya la historia de la isla estaba íntimamente ligada a ese periódico. En efecto, fue en su edificio, todavía en pie en el Bajo Manhattan, donde primero se izó públicamente la bandera cubana. Desde su asta saludó a los asombrados neoyorquinos la enseña de la estrella solitaria de mayo a septiembre de 1851, en solidaridad con la malograda gesta anticolonialista de ese año, cuya figura más conocida sería la de Narciso López.

El tiempo que Martí fue colaborador del periódico es motivo de polémica. La alimenta el hecho que entonces era estilo de *The Sun* y otras publicaciones contemporáneas no identificar siempre las colaboraciones con los nombres de los autores. En efecto, el uso permanente del llamado “by line” no se haría general si no a finales de ese siglo y principios del siguiente. Muchos de los trabajos publicados en *The Sun* en los años 80 y 90 del siglo XIX carecían de crédito; algunos aparecían calzados solamente con unas iniciales. Carlos Ripoll y Manuel Tellechea reducen el período de colaboración de Martí en el diario de Dana de 1880 a 1881; Manuel Pedro González e Iván Schulman lo extienden hasta 1892 y 1895, respectivamente. Lo cierto es que aunque Martí y Dana como que se distanciaron por motivos de política local, mantuvieron las mejores relaciones hasta poco antes de la muerte del cubano. Así, en 1892 Martí

escribiría sobre Dana y éste, en reciprocidad, reafirmaría su apoyo a la causa cubana en un artículo en *The Sun*. Y a la muerte de Martí escribiría Dana (en traducción mía):

Conocimos [a Martí] muy bien y por largo tiempo. (...) sus ideas y conclusiones [refiriéndose a sus escritos] eran originales y brillantes. Fue un hombre de genio, de imaginación, de esperanza y de coraje... (...) Su corazón era cálido y afectivo, sus opiniones ardientes e inspiradoras, y murió como un hombre de tales características debería desear: luchando por la libertad y la democracia. (...) Héroe como él no hay muchos en el mundo.

La alta estima, tanto en lo personal como en lo profesional, que le tenía Dana a Martí era tal, que ideó un procedimiento verdaderamente ingenioso para tratar de superar las dificultades surgidas por el limitado conocimiento del inglés que al principio tenía el joven exiliado. Así, como quiera que el francés era en ese entonces *la* lengua internacional (de amplio dominio en el estamento intelectual norteamericano), Dana le propuso a Martí escribir sus crónicas en francés, las cuales él se encargaría de traducir al inglés. De esa forma buscaba el editor permitirle al genio martiano una vía de comunicación más amplia y cercana a su lengua nativa, donde pudiera hacer mejores galas de esas ideas y conclusiones originales y brillantes que ya él le había identificado en su deficiente inglés. El artificio dio resultado: los textos traducidos resultantes publicados entre 1881 y 1882 en *The Sun* son contentivos, indiscutiblemente, de la voz martiana. A pesar de haber sido presumiblemente ‘sentidos’ en español, originalmente escritos en francés, y finalmente publicados en inglés, destilan esa carga de genio, imaginación, esperanza y coraje que caracterizan los escritos en castellano de Martí y que tan bien supo reconocer Dana en otras lenguas.

En *The Sun* continuó Martí sus ‘revistas de arte’, las que dedicó a dar a conocer a los anglosajones los mejores pintores españoles del momento, cuyas obras había conocido en exposiciones y colecciones privadas durante su estancia en España. Así, en marzo del 81 publicó su semblanza “Mariano Fortuny”, sobre quien ya había escrito en *The Hour*. Unos meses después, en octubre del mismo año, publica “One of the Greatest Modern Painters. The Career and the Works of the Spaniard, Eduardo Zamacois.” La crónica, lienzo ella misma, es un paisaje de la España de la época con Zamacois inserto; retrato donde pinta el escritor a través del lenguaje, la palabra vuelta a su condición prístina de trazo.

La literatura, como es lógico, no podía faltar. Se destaca en este tema “Modern Spanish Poets”, publicada en noviembre de 1880. Todo parece indicar que se trata del primer intento de hacer llegar al lector común estadounidense una visión objetiva de los entonces modernos poetas españoles. El trabajo tuvo tal impacto, que unas dos décadas después todavía lo recordaba Dana con admiración; y conste que estamos hablando del director de un periódico que, por profesión, tenía que leer no solamente todas las colaboraciones que publicaba, sino lo que editaba la competencia, de donde puede deducirse que durante esos años había leído miles de crónicas, artículos, editoriales y reportajes, ¡pero el artículo de Martí no lo había olvidado! La importancia de este escrito rebasó, incluso, su medio en inglés. Tal parece que ni siquiera en español había aparecido en Hispanoamérica un trabajo tan profundo y a la par sintético sobre la moderna poesía española, ya que traducido poco después al castellano fue editado en, al menos, dos publicaciones de importancia: *Repertorio Colombiano*, de Bogotá, y *La Opinión Nacional*, de Caracas. Teniendo en cuenta sus re-ediciones, es de suponerle un impacto en nuestra lengua semejante al que tuvo en inglés. Esa conmoción en editores y lectores es algo que Martí,

escribiendo en español, repetiría luego con cada una de sus crónicas norteamericanas. Pero lo que llama la atención de esta versión española de “Modern Spanish Poets” es que lo recibido por los lectores hispanoamericanos fue la traducción de una traducción; que es decir, algo muy lejano al original en español, si es que llegó a existir tal, pues lo más probable es que Martí lo haya escrito originalmente en francés. No deja de asombrar, incluso hoy en día, que hasta a través de semejante deambular lingüístico haya podido Martí cautivar a editores y lectores a la par como lo hizo con este trabajo.

Pero era la cultura hispana en su conjunto, y no solamente la literatura y la pintura, lo que Martí se propuso colocar frente a los lectores norteamericanos. Lógicas alabanzas y justas críticas, según ese ideario que ya venía formando desde su adolescencia, permean las crónicas martianas en inglés. En todos sus trabajos en esa lengua publicados en Nueva York, Martí trata de presentar a sus lectores anglosajones una visión de primera mano del mundo español contemporáneo. En ello creo intuir un propósito nada velado de acercarlos a las raíces de la cultura hispanoamericana en Europa como paso imprescindible para entender la de sus vecinos del sur. Era necesario que los norteamericanos vieran la conexión entre Hispanoamérica y España a partir de la conocida entre los EE.UU. y la Gran Bretaña; que España era para la América Hispana lo que Inglaterra había sido para la anglosajona. El corolario implícito acercaría a los americanos de una y otra raíz cultural europea; lo común en pugna con lo diferente. Los símiles se hacen más patentes cuando Martí se aparta del arte propiamente dicho y se convierte en cronista social, en el verdadero sentido del término. Su descripción de la aristocracia española era del todo consona con la imagen que los norteamericanos tenían de la inglesa. Consecuentemente, era tan lógica la rebelión de los hispanoamericanos contra esa Europa decadente como la de sus vecinos del norte contra la británica. Es más, hay pruebas de que Martí intentó extender sus crónicas en inglés más allá de España para incluir temas hispanoamericanos. En ese sentido, una carta suya de 1884 habla de una concertación con Dana para la redacción de un grupo de trabajos (“cartas de viaje” los llamó Martí) sobre Hispanoamérica. Existen unos apuntes en francés titulados “Un voyage á Venezuela” que parecen ser para una crónica para *The Sun* que Martí nunca escribió o que, de haberlo hecho, no llegó a publicarse. En realidad los viajes que iban a servir de fuente para esas crónicas no se materializaron entonces y ya después la dedicación total de Martí a la causa de la independencia de Cuba conjeturo le hicieron imposible seguir con sus colaboraciones en *The Sun*. En todo caso, creo queda fuera de toda duda su intención de ampliar el mundo ‘conocido’ por los lectores neoyorquinos de entonces más allá de su versión anglosajona, abriendo esa puerta de entrada a la cultura española que hasta Martí había permanecido prácticamente cerrada para el norteamericano promedio.

Las crónicas de Martí publicadas en inglés constituyen, pues, el primer intento serio en Nueva York por dar a conocer al lector común estadounidense la cultura hispana. Ubicado por su raíz cultural y su residencia como exiliado en el medio de los dos mundos, Martí extendió una mano en cada dirección, propiciando un atisbo doble y bidireccional de dos culturas que, con los años y los cambios demográficos, se llegarían a conocer mucho más, influyéndose mutuamente en el proceso. Poco más de un siglo después de escritas esas crónicas, los hispanos constituimos la minoría más numerosa en los EE.UU. Y la cultura norteamericana, de la mano de su cine, su música y otras expresiones artísticas, es (para bien o para mal) la cultura más popular en el mundo, incluyendo todas las comunidades y países hispanos. Hizo bien Martí en presentarnos en época tan temprana. Sus crónicas sobre los EE.UU. en español y las publicadas en inglés sobre la

cultura hispana, constituyen uno de nuestros primeros estrechones de manos. Debe mucho a ese encuentro inicial el abrazo del presente.

De la prosa salta la ‘alquimia’ martiana, apresurada y consciente, a la poesía. Ya en su dedicatoria del *Ismaelillo* aclara al hijo ausente a quien está dedicado el poemario: “Si alguien te dice que estas páginas se parecen a otras páginas, diles que te amo demasiado para profanarte así.”⁵ Un poco más adelante, reconoce que su objetivo como poeta para niños era el enseñarles “a amar el sentimiento más que lo sentimental, a reemplazar la poesía enfermiza y retórica que está aún en boga, con aquella otra sana y útil que nace del conocimiento del mundo”⁶, anteponiendo lo que llamó “el verso natural” al que denominó “retórico y ornado”. Tal poesía “natural”, “sana y útil” queda del todo madura en su siguiente libro: *Versos sencillos* y en numerosos poemas sueltos publicados en periódicos y revistas de entonces –o simplemente inéditos en su tiempo–, que luego serían recogidos en ediciones póstumas. Martí, más que escribir, pinta versos; son sus palabras pinceladas de brochazos fuertes unos, tenues otros, cromáticos todos. Pero también podría decirse que Martí, más que versos, crea música; son sus palabras notas y acordes regidos por compases, pianos, crecientes. Cada poesía tiene de sinfonía, de solo con acompañamiento de todo, en armónico coral de palabras. Quedan así sonidos (y silencios) entretejidos con luces y colores. La poesía de Martí es literatura y pintura y música al mismo tiempo; es fusión de tiempos y lenguas y distancias en un todo; es, en resumen, Nueva York, no tanto por haberla escrito en esa ciudad, sino por reflejarla en su espíritu.

Ese nuevo decir, relacionado con un nuevo oír y un nuevo ver de vida y arte, sería continuado y perfeccionado luego por otros escritores hispanos, a uno y otro lado del Atlántico. Entre ellos se destaca el genial nicaragüense Rubén Darío, a quien, equivocadamente, se le atribuyó la paternidad del nuevo movimiento que terminaría siendo llamado “modernismo”. Pero la fundación martiana queda ya del todo indiscutible.

Basado en todo lo anterior cabría preguntarse: ¿De haber permanecido Martí en La Habana, o en Madrid, o en Caracas, habría sido el principal propulsor del primer movimiento literario en español de factura inicial netamente hispanoamericana? Aunque una respuesta penetraría del todo en el mundo de las conjeturas, me atrevería a asegurar que sí; la genialidad individual poco conoce de fronteras. Es más, Martí no era el único que en ese tiempo se dedicaba a fomentar, mediante la fundición de elementos culturales diversos, un nuevo camino para las letras en español: su amigo, el mexicano Manuel Gutiérrez Nájera, y el colombiano José Asunción Silva, entre otros, se afanaban en la búsqueda, al mismo tiempo que él, de nuevos derroteros literarios. Lo que pongo en duda es que su ‘alquimia’ hubiese tenido la misma intensidad, difusión y penetración de la que tuvo por haber vivido su madurez intelectual en Nueva York.

En efecto, el haber residido entre 1880 y 1895 en Nueva York le permitió a Martí un grado de exposición a la cultura norteamericana que habría sido un sueño imposible en las ciudades arriba señaladas como ejemplos alternos. Es más, fue Martí precisamente quien, gracias a esa exposición y sus condiciones individuales, daría a conocer esa cultura a sus hermanos del sur y, en dirección contraria, ampliaría y profundizaría la imagen de la hispanidad en los lectores anglosajones; sin un Martí en Nueva York, el contacto directo de la intelectualidad hispanoamericana con su contraparte del norte, y viceversa, habría tenido que esperar quién sabe hasta cuándo.

⁵ José Martí, *Antología Mayor*. Ed. de Carlos Ripoll. Nueva York: Editorial Dos Ríos, 1995. p. 244.

⁶ “Circular” anunciando *La Edad de Oro*, publicada en el reverso de la contraportada de cada número.

Tampoco en las ciudades ‘alternas’ habría encontrado Martí el aliciente de la amalgama neoyorquina que, de lo económico, lo social, lo político y hasta lo religioso, aparecería en la obra del escritor caribeño en lo artístico. Y ni qué decir que sus crónicas no habrían tenido, al menos inicialmente, la generalizada aceptación que tuvieron al mostrar al mundo hispano la visión de Nueva York. El ‘aura’ de la ciudad coadyuvó a la rápida difusión de la obra del al inicio desconocido poeta exilado. En ese sentido, sin un Nueva York en Martí quién sabe hasta cuándo habría tenido que esperar la obra martiana para llegar a todos los rincones de la América hispana.

Así, pues, sin pretender rebajar ni en un ápice la genialidad individual de Martí, sí creo fundamental para el desarrollo de su obra y, dada la importancia de ésta, de las letras hispanas del período, su permanencia en Nueva York durante su etapa personal de mayor madurez intelectual. El Martí que conocemos llegó a cristalizar como tal, porque existió un Martí en Nueva York y un Nueva York en Martí. Una ciudad es una ciudad es una ciudad, y un hombre es un hombre es un hombre; ya lo dije al principio. Pero cuando esa ciudad es Nueva York y ese hombre es José Martí, esa convergencia es una posteridad que es una posteridad que es una posteridad. Muchas gracias.

(Una versión de este trabajo fue publicado como “Martí en Nueva York, Nueva York en Martí.” en *De la catedral a los rascacielos. Actas de la XVII Asamblea General de ALDEEU*. Ed. R. Corbalán Torres, G. Piña Rosales y N. Toscano Liria. New York: ALDEEU, 1998. 133-139. La conferencia, tal y como aquí se presenta, fue publicada en la Internet en la Página de José Martí en: www.josemarti.org)